

www.elboomeran.com

Martin Amis

La viuda
embarazada

Traducción de Jesús Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Pregnant Widow
Jonathan Cape
Londres, 2010

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Adam Lowe

Primera edición: febrero 2011

© De la traducción, Jesús Zulaika, 2011
© Martín Amis, 2010
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7552-2
Depósito Legal: B. 633-2011

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

Para IF

La muerte de las formas contemporáneas del orden social debería alegrar más que conturbar el espíritu. Lo pavoroso, sin embargo, es que el mundo que fenece no deja tras de sí un heredero sino una viuda embarazada. Entre la muerte de uno y el nacimiento del otro habrá de fluir mucha agua, habrá de discurrir una larga noche de desolación y caos.

ALEXANDER HERZEN

narcisismo: s. Interés excesivo o erótico por uno mismo y por su apariencia física.

Concise Oxford Dictionary

Ahora voy a decirlos cómo los cuerpos se transforman en otros cuerpos.

Las metamorfosis
(*Cuentos de Ovidio*, TED HUGHES)

Habían ido en coche a la ciudad desde el castillo, y Keith Nearing caminó por las calles de Montale, Italia, del coche al bar, en el crepúsculo, flanqueado por dos rubias de veinte años, Lily y Scheherazade...

Ésta es la historia de un trauma sexual. No fue a una edad tierna cuando le sucedió. Desde todo punto de vista, era ya un adulto; y consintió: consintió totalmente. ¿Es *trauma* realmente la palabra que queremos (del griego «herida»)? Porque su herida, cuando llegó, no le dolió en absoluto. Fue lo opuesto sensorial de una tortura. Ella gravitó sobre él desvestida e inerme, con las pinzas de la dicha: los labios, las yemas de los dedos. Tortura: del latín *torquere*, «torcer». Era lo opuesto a la tortura, aunque «retorcía». Lo destruyó durante veinte años.

Cuando era joven, a la gente que era estúpida, o estaba loca, la llamaban *estúpida*, o *loca*. Pero actualmente (ahora que era viejo) los estúpidos y los locos recibían nombres especiales derivados de aquello que les aquejaba. Y Keith quería uno. También él era un estúpido o un loco, y también quería uno: un nombre especial derivado de lo que le aquejaba a él.

Observó que hasta los trastornos de los niños tenían nombres especiales. Y leyó cosas sobre estas supuestas neurosis y deficiencias imaginarias con la codicia de un padre curtido y ya cínico. Reconozco ésa, se decía a sí mismo: también conocido como Síndrome de la Pequeña Mierda. Y también reconozco éste: también conocido como Trastorno del Tipejo Perezoso. Estos trastornos y síndromes –tenía la seguridad absoluta– no eran sino excusas de las madres y padres para «dopar» a sus hijos. En Norteamérica, que –grosso modo– era el futuro, a la mayoría de las mascotas domésticas (aproximadamente un sesenta por ciento) se les administran fármacos que actúan sobre el estado de ánimo.

Pensando en el pasado, Keith supuso que habría estado bien, diez o doce años atrás, drogar a Nat y a Gus –como un modo de imponer de cuando de cuando un alto el fuego en su guerra fratricida. Y habría estado bien, ahora, drogar a Isabel y a Chloe –dondequiera que estuvieran armando sus voces con chillidos y alaridos estridentes (tratando de encontrar los límites del universo), o siempre que, con toda la frescura del descubrimiento, dijeran cosas increíblemente hirientes sobre su apariencia. *Papi, tendrías mucho mejor aspecto si te creciese un poco más de pelo.* Oh, sí. *Papi, cuando te ríes, pareces un vagabundo viejo y loco.* Sí, pero tú entonces tienes que consultar al médico, e inventar alguna cosa contra ellos, e irte a hacer cola en la farmacia de las lámparas fluorescentes de Lead Road...

¿Qué es lo que le pasaba?, se preguntó. Luego, un día (en octubre de 2006), cuando dejó de nevar y solamente llovía, salió a meterse de lleno en el meollo, en el fárrago de la A a la Z –las obras urbanas encharcadas, la ingente *excavación* de la ciudad de Londres–. Y allí estaba la gente. Como siempre, fue mirando las caras de una en una, y pensando: *Él...*, 1937. *Ella...*, 1954. *Ellos...*, 1949. Regla número uno: lo más importante de una persona es su fecha de nacimiento. Es la que le pone a uno en la historia. Regla número dos: tarde o temprano, toda vida humana llega a

ser una tragedia, a veces antes, siempre después. Y aún habrá otras reglas.

Keith se sentó en el café de costumbre, con su café americano, su cigarrillo francés sin encender (mera utilería, ahora), su periódico inglés de hojas grandes. Y allí estaban, las noticias, el último plazo del cosquilleo o el suspense, el gran libro apasionante titulado el planeta Tierra. El mundo es un libro que no podemos dejar de leer... Y él empezó a leer un artículo sobre una nueva enfermedad mental, una enfermedad que le hablaba en un susurro hostigador. Afectaba a los niños, la nueva enfermedad; pero donde mejor se desarrollaba era en los adultos, en aquellos que habían alcanzado la edad de discreción.

La nueva dolencia se llamaba Trastorno Dismórfico Corporal, o Trastorno de la Percepción de la Fealdad. Quienes padecían el TDC o TPF miraban la imagen reflejada de sí mismos y veían algo incluso peor que la realidad. A aquella edad de la vida (tenía cincuenta y seis años), uno se ha resignado a una sencilla verdad: cada visita al espejo le confronta, por definición, con una fealdad sin precedentes. Pero aquel día, mientras se inclinaba sobre el lavabo del cuarto de baño, sintió que se hallaba bajo el influjo de un alucinógeno infernal. Cada visita al espejo era una dosis de ácido lisérgico; muy ocasionalmente, el *viaje* era un buen viaje, y casi siempre el *viaje* era un mal viaje. Pero siempre era un *viaje*.

Keith pidió otro café. Se sentía muy animado.

En realidad quizá no tengo ese aspecto, pensó. Estoy loco, eso es todo. Así que tal vez no hay nada de lo que deba preocuparme. El Trastorno Dismórfico Corporal, o el Trastorno de la Percepción de la Fealdad... Era lo que *esperaba* tener.

Cuando te haces viejo... Cuando te haces viejo, te sorprendes haciendo una audición para el papel de tu vida; luego, al cabo de interminables ensayos, te ves actuando en un film de terror —un film de terror muy poco serio, sin ningún talento y, por encima

de todo, de bajo presupuesto, en el cual (como suele ser de rigor en las películas de terror) se reservan lo peor para el final.

Lo que viene a continuación es verdad. Italia es verdad. El castillo es verdad. Las chicas son todas verdad, y los chicos son todos verdad (Rita es verdad; Adriano –increíblemente– es verdad). Ni siquiera se han cambiado los nombres. ¿Para qué preocuparse? ¿Para proteger a unos inocentes? No eran inocentes. O, por el contrario, todos eran inocentes, pero no se les puede proteger.

Así funciona la cosa. Mediada la cuarentena tienes tu primera crisis de mortalidad (*la muerte no va a ignorarme*); y diez años después tienes tu primera crisis de edad (*mi cuerpo me susurra que a la muerte ya le estoy llamando la atención*). Pero en el ínterin te sucede algo verdaderamente interesante.

A medida que se acerca el quincuagésimo cumpleaños, se agudiza la sensación de que tu vida se va adelgazando, y de que seguirá haciéndose más y más fina hasta disolverse en la nada. Y a veces te dices a ti mismo: Eso ha ido un poco rápido. Aquello fue un poco rápido. En determinados estados de ánimo, puedes tener ganas de expresarlo de forma bastante más enérgica. Como por ejemplo: ¡¡¡JODER!!! ¡¡¡ESTO ha ido COMO UNA PUTA CENTELLA!!! Luego llegaron y pasaron los cincuenta, y los cincuenta y uno, y los cincuenta y dos. Y la vida vuelve a espesarse. Porque ahora hay una presencia enorme e insospechada dentro de tu ser, como un continente ignoto. Es el pasado.